

GEORGES SIMENON

LIBERTY BAR

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE NÚRIA PETIT

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Liberty Bar*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

LIBERTY BAR © 1932 by Georges Simenon Limited,
todos los derechos reservados

«Liberty Bar» © 2018 by Georges Simenon Limited,
todos los derechos reservados

GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados
MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados
© de la traducción, 2018 by Núria Petit Fontserè
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Visita al barrio Chino. Barcelona* (1952),
de F. Català-Roca

ISBN: 978-84-17346-35-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 26 105-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

- El muerto y sus dos mujeres, 7
 Háblenme de Brown, 19
 La ahijada de William, 33
 La genciana, 45
El entierro de William Brown, 59
 Un vergonzoso cliente, 71
 La consigna, 83
 Las cuatro herederas, 97
 Unas palabras, 109
 El sofá, 119
 Una historia de amor, 131

EL MUERTO Y SUS DOS MUJERES

La primera sensación de Maigret al bajar del tren fue que estaba de vacaciones: el sol que bañaba la mitad de la estación de Antibes era tan deslumbrante que sólo era posible ver a la gente como sombras en movimiento. Eran sombras con sombrero de paja, pantalón blanco y raqueta de tenis. Había un zumbido en el aire, palmeras y cactus bordeando el andén, y un jirón de mar azul más allá de la lamparería.

Inmediatamente un hombre corrió a su encuentro.

—El comisario Maigret, supongo. Le he reconocido por la foto que han publicado los periódicos. Soy el inspector Boutigues.

¡Boutigues, qué nombre tan cómico! El inspector ya se había apoderado de las maletas de Maigret y lo conducía hacia el paso subterráneo. Llevaba un traje gris perla, un clavel rojo en el ojal y unos zapatos con polainas de paño.

—¿Es la primera vez que viene a Antibes?

Secándose el sudor, Maigret intentaba seguir a su cicerone, que se colaba entre los grupos y adelantaba a todo el mundo. Finalmente, se encontró delante de un coche de caballos con un toldo de tela color crema rematado en unas pequeñas borlas que iban saltando.

Otra sensación olvidada: los muelles que cedían al sentarse, el restallar del látigo del cochero, el ruido sordo de los cascos del caballo sobre el asfalto reblandecido.

—Primero tomaremos algo, ¡claro que sí! ¡Faltaría más! Cochero, al Glacier.

Estaba a dos pasos. El inspector iba explicando:

—La place Macé... El centro de Antibes...

Era una bonita plaza con un jardincillo central y toldos de color crema o naranja en todas las casas. Hubo que sentarse en una terraza y tomar un pernod. Enfrente, había un escaparate lleno de prendas deportivas, trajes de baño, albornoces... A la izquierda, una tienda de aparatos fotográficos, algunos coches de lujo junto a la acera.

En suma, ¡un ambiente de vacaciones!

—¿Qué prefiere primero, las detenidas o la escena del crimen?

Y Maigret contestó sin pensarlo, como si le hubiesen preguntado qué quería tomar:

—La escena del crimen.

Todavía había muchos veraneantes. Maigret fumaba un puro que le había ofrecido el inspector. El caballo trotaba junto a la orilla del mar. A la derecha, se atisbaban unas villas ocultas entre los pinos; a la izquierda, unas rocas y el agua azul salpicada con dos o tres velas blancas.

—¿Se da cuenta de la topografía? Detrás, tenemos Antibes. A partir de aquí, empieza el cabo de Antibes, donde ya sólo hay villas, sobre todo villas muy lujosas.

Maigret asentía, alelado. Todo aquel sol se le metía en la cabeza y lo aturdía, pestañeaba mirando el clavel púrpura de Boutigues.

—Ha dicho usted Boutigues, ¿verdad?

—Sí, soy de Niza, ¡o mejor dicho nizardo!

O sea, de pura cepa, ¡nizardo elevado al cuadrado, al cubo!

—¡Mire! ¿Ve aquella villa blanca? Es allí.

Maigret no lo hacía a propósito, pero contemplaba todo aquello con incredulidad. No lograba hacerse a la idea de que estaba trabajando, de que había ido allí a investigar un crimen.

Lo cierto es que había recibido unas instrucciones algo especiales:

—Un tal Brown ha sido asesinado en el cabo de Antibes. Los periódicos están ansiosos por airearlo. ¡Sobre todo, discreción!

—¡Entendido!

—Durante la guerra, Brown trabajó para los servicios secretos.

—¡Entendido!

Ya habían llegado. El vehículo se detuvo. Boutigues sacó del bolsillo una llavecita, abrió la verja y avanzó pisando la gravilla.

—¡Es una de las villas menos bonitas del cabo de Antibes!

Pero no estaba mal. Las mimosas saturaban el aire de un olor dulzón. Aún quedaban algunas naranjas doradas en unos arbolitos enanos. Y había algunas flores extrañísimas que Maigret ni siquiera conocía.

—Ahí enfrente tiene la casa un marajá, en este momento debe de estar... A quinientos metros, a la izquierda, vive un académico, y más allá, la famosa bailarina que está con un lord inglés.

¡Qué bien! A Maigret le entraron ganas de sentarse en el banco adosado a la casa y echar una siestecita. La verdad es que había viajado toda la noche.

—Le daré así a bote pronto unas cuantas explicaciones que creo indispensables.

Boutigues había abierto la puerta, y los dos penetraron en el frescor de un vestíbulo cuyos ventanales daban al mar.

—Hará unos diez años que Brown vivía aquí.

—¿Trabajaba?

—No hacía nada, debía vivir de rentas. Todo el mundo habla de Brown y sus dos mujeres.

—¿Dos?

—En realidad, sólo una es su amante: la hija. Se llama Gina Martini.

—¿Está en la cárcel?

—Y la madre también. Vivían los tres solos, no tenían servicio.

Viendo la casa, no sorprendía, pues dejaba bastante que desear en cuanto a limpieza. Quizá había algunas cosas hermosas, algunos muebles valiosos, algún objeto que tuvo su momento de esplendor.

Pero todo estaba sucio y desordenado. Demasiadas alfombras, demasiadas telas colgando o cubriendo sillones, demasiadas cosas llenas de polvo.

—Y ahora, los hechos: Brown tenía un garaje justo al lado de la villa, donde guardaba un automóvil pasado de moda que conducía él mismo. Lo usaba sobre todo para ir al mercado en Antibes.

—Sí...—suspiró Maigret, mirando a un pescador de erizos de mar que removía el fondo de aguas transparentes con una caña astillada.

—Pero durante tres días el coche estuvo en la carretera día y noche. Aquí a nadie le importa lo que hacen los demás, así que nadie se preocupó. Fue el lunes por la tarde cuando...

—¡Perdone! Hoy es jueves, ¿verdad? ¡Siga, siga!

—El lunes por la tarde, el carnicero volvía con su camioneta cuando vio que el coche arrancaba. Ya leerá su declaración, lo vio por detrás. Al principio creyó que Brown estaba borracho, porque hacía unas eses terribles. Luego el coche avanzó un trecho en línea recta, tan en línea recta que, al llegar a la curva, a trescientos metros de aquí, se empotró contra la roca. Antes de que el carnicero pudiera intervenir, se apearon dos mujeres y, al oír un ruido de motor, echaron a correr hacia la ciudad.

—¿Llevaban paquetes?

—Tres maletas. Estaba anocheciendo, el carnicero no sabía qué hacer. Corrió hacia place Macé, donde, como usted ha podido ver, hay un policía de guardia. El agente salió en busca de las dos mujeres y acabó encontrándolas cuando se dirigían, no a la estación de Antibes, sino a la de Golfe-Juan, a tres kilómetros.

—¿Seguían llevando las maletas?

—Por el camino se habían deshecho de una. La descubrimos ayer en un tarayal. Al ver al policía se pusieron nerviosas. Explicaron que iban a Lyon a visitar a una parienta enferma. Al agente se le ocurrió hacerles abrir las maletas y encontró una serie de títulos al portador, algunos billetes de cien francos y varios objetos. Se había formado una aglomeración, era la hora del aperitivo, todo el mundo estaba en la calle, y él escoltó a las dos mujeres hasta la comisaría y luego hasta la cárcel.

—¿Han registrado la villa?

—Al día siguiente a primera hora. Primero no encontramos nada. Las dos mujeres decían que no sabían dónde estaba Brown. Por fin, hacia las doce, un jardinero se dio cuenta de que habían removido la tierra. Debajo de una capa de menos de cinco centímetros, descubrimos el cadáver de Brown, completamente vestido.

—¿Y las dos mujeres?

—Cambiaron su versión. Dijeron que, tres días antes, vieron detenerse el coche y se sorprendieron de que Brown no lo metiese en el garaje. Cruzó el jardín tambaleándose. Gina lo insultó a gritos desde la ventana, creyendo que estaba borracho, y Brown se cayó en la escalinata.

—¡Muerto, naturalmente!

—¡Más muerto imposible! Le habían clavado un cuchillo por detrás, justo entre los omóplatos.

—¿Y tuvieron tres días en casa el cadáver?

—¡Sí! ¡No dan ninguna explicación plausible! Sostienen que a Brown le horrorizaba la policía y todo lo relacionado con ella.

—Lo enterraron y se largaron con el dinero y los objetos más valiosos. Ahora entiendo lo del coche en la carretera durante tres días. Gina, que apenas sabe conducir, no se atrevió con la maniobra que había que hacer para meter el coche en el garaje. Pero, dígame, ¿había sangre en el coche?

—¡No había sangre! Las dos mujeres juran que fueron ellas las que la limpiaron.

—¿Eso es todo?

—¡Sí! ¡Están furiosas! Piden que las suelten.

Fuera, el caballo del coche relinchó. Maigret no se atrevía a tirar el puro, pero tampoco tenía valor para fumárselo entero.

—¿Un whisky?—le propuso Boutigues al descubrir un mueble bar.

¡No, realmente, aquello no olía a drama! Maigret se esforzaba en vano por tomarse las cosas en serio. ¿Era culpa del sol, de las mimosas, de las naranjas, del pescador que seguía intentando descubrir erizos de mar a tres metros de profundidad, en aquellas aguas límpidas?

—¿Puede darme las llaves de la casa?

—¡Naturalmente! Ahora es usted quien se encarga de la investigación.

Maigret apuró el vaso de whisky que le tendían, echó una ojeada al disco que había en el gramófono, giró maquinalmente los botones de un aparato de radio y se oyó:

—... trigo maduro... noviembre...

En ese momento, justo detrás de la radio, vio un retrato y lo cogió para mirarlo de cerca.

—¿Es él?

—¡Sí! No lo vi nunca vivo, pero lo reconozco.

Maigret apagó la radio con cierta irritación. Algo se había desencadenado dentro de él. ¿Interés? ¡Más que eso!

Una sensación confusa, bastante desagradable, por cierto. Hasta entonces, Brown sólo había sido Brown, un desconocido, seguramente extranjero, que había muerto en circunstancias más o menos misteriosas. Nadie se había preguntado qué había pensado durante su vida, cuál había sido su mentalidad, ni lo que había sufrido.

Y he aquí que, al mirar el retrato, Maigret se sintió turbado, porque tuvo la impresión de conocer al personaje... De conocerlo, pero no de vista...

No, las facciones le eran indiferentes: una cara ancha de hombre sano, más bien sanguíneo, de cabellos rojos y ralos, un bigotito cortado a ras del labio, grandes ojos claros.

Pero en la actitud, en la expresión, había algo que recordaba al propio Maigret. Una forma de encoger un poco los hombros, la mirada exageradamente tranquila, el pliegue a la vez bonachón e irónico en los labios.

Ya no se trataba de un cadáver llamado Brown, sino de un tipo a quien el comisario tenía ganas de conocer mejor y que lo intrigaba.

—¿Otro whisky? No es malo, ¿eh?

¡Boutigues se reía! Se asombró al ver a un Maigret que ya no respondía a sus bromas y que miraba a su alrededor con aire ausente.

—¿Qué le parece si invitamos al cochero a un trago?

—¡No! ¡Vámonos!

—¿No quiere visitar la casa?

—¡En otro momento!

¡Cuando estuviera solo! Y cuando ya no tuviera ese zumbido del sol dentro del cráneo. De regreso a la ciudad, no habló. Sólo moviendo la cabeza respondía al inspector, que se preguntaba en qué había podido ofenderlo.

—Ya verá la ciudad vieja. La cárcel está muy cerca del mercado. Pero es sobre todo por la mañana cuando hay que...

—¿A qué hotel?—preguntó el cochero volviéndose.

—¿Quiere estar en el mismo centro?—preguntó Boutigues.

—¡Ya puede dejarme aquí mismo!

El hotel era una especie de pensión familiar, a medio camino entre cabo de Antibes y la ciudad.

—¿No pasará por la cárcel esta tarde?

—Mañana quizá.

—¿Quiere que vaya a buscarlo? Por lo demás, si después de cenar le apetece ir al casino de Juan-les-Pins, yo podría...

—Gracias, pero tengo sueño.

No tenía sueño, pero no estaba de humor. Tenía calor, estaba sudado. En su habitación, que daba al mar, empezó a llenar la bañera, pero cambió de opinión y salió, con la pipa entre los dientes y las manos en los bolsillos.

Había entrevisto las mesitas blancas del comedor, las servilletas en forma de abanico en las copas, las botellas de vino y de agua mineral, la criada barriendo...

«A Brown lo han matado de una puñalada en la espalda y sus dos mujeres han intentado huir con el dinero».

Todo eso todavía era muy vago. Y sin querer miró el sol que se hundía lentamente en el mar, por la parte de Niza, cuyo paseo de los Ingleses se distinguía por una larga línea blanca.

Luego contempló las montañas con las cumbres aún cubiertas de nieve.

«O sea, Niza a la izquierda, a veinticinco kilómetros; Cannes a la derecha, a doce kilómetros; la montaña detrás y el mar delante».

Ya estaba construyendo un mundo cuyo centro era la villa de Brown y sus dos mujeres. Un mundo pegajoso de sol, de fragancias de mimosa y flores dulzonas, de moscas ebrias, de coches deslizándose sobre el asfalto blando.

No tuvo ánimos para ir andando hasta el centro de Antibes, que distaba apenas un kilómetro. Regresó a su hotel, el Bacon, y pidió hablar por teléfono con el director de la cárcel.

—El director está de vacaciones.

—¿Y el subdirector?

—No hay subdirector. Estoy solo.

—¡Está bien! Dentro de un rato, envíeme a las dos prisioneras a la villa.

También el guardia, al otro lado del teléfono, debía de estar al sol. Tal vez se había tomado unos pernod. Se le olvidó pedir que lo solicitara por escrito.

—¡De acuerdo! ¿Nos las devolverá?

Y Maigret bostezó, se desperezó, se preparó otra pipa. ¡Pero esa pipa no tenía el mismo sabor de siempre!

—A Brown lo han matado, y las dos mujeres...

Se fue a pie, muy despacio, hacia la villa. Volvió a ver el lugar donde el coche había chocado contra la roca. Estuvo a punto de echarse a reír. Porque era justo el accidente de un conductor principiante. Algunas eses antes de ponerse en línea recta; y, una vez en línea recta, la imposibilidad de girar.

El carnicero que venía por detrás, en la semioscuridad... Las dos mujeres que echaban a correr con sus maletas demasiado pesadas y que se deshacían de una por el camino...

Pasó una limusina conducida por un chofer. En el asiento de atrás, un rostro asiático: sin duda era el marajá. El mar estaba rojo y azul, con una transición anaranjada. Se encendían las farolas eléctricas, pálidas aún.

Entonces Maigret, solo en medio de aquel vasto paisaje, avanzó hacia la verja de la villa como un propietario que vuelve a su casa, hizo girar la llave en la cerradura, dejó la verja entreabierta y subió la escalinata. Los árboles estaban llenos de pájaros. La puerta rechinó con un ruido que a Brown debía de serle familiar.

En el umbral, Maigret trató de analizar el olor, porque cada casa tiene su olor. En éste predominaba un perfume muy fuerte, seguramente de almizcle; y el tufo de colillas de puro.

Encendió la luz y fue a sentarse en el salón, junto al aparato de radio y el gramófono, en el sitio donde debía de sentarse Brown, porque era el sillón más gastado.

«Ha sido asesinado, y las dos mujeres...».

La luz era mala, pero se percató de que había una lámpara de pie con una enorme pantalla de seda rosa conectada a un enchufe. En cuanto la encendió, la estancia cobró vida.

«Durante la guerra trabajó para los servicios secretos...».

Eso se sabía. Y es lo que hizo que los periódicos locales, que Maigret había leído en el tren, destacaran la noticia. Para el público, el espionaje es algo misterioso y fascinante.

Por eso se podían leer titulares tan idiotas como «Un caso internacional», «¿Un segundo caso Kotiupov?» o «Un drama del espionaje».

Unos periodistas reconocían la mano de la Cheká, otros los métodos del Secret Intelligence Service.

Maigret miró a su alrededor y tuvo la impresión de que algo faltaba. Y lo encontró. Lo que producía aquel frío era el ventanal detrás del cual la noche se estancaba. Pero había una cortina, y Maigret la corrió.

«¡Ahora sí! Una mujer en este sillón seguramente con una labor...—Y la labor estaba allí, era un bordado, en-

cima de una mesita—. La otra en ese rincón...—Y en ese rincón había un libro: *Las pasiones de Rodolfo Valentino*—. Sólo faltan Gina y su madre».

Había que hacer un esfuerzo para distinguir el ruido del agua al rozar las rocas de la costa. Maigret volvió a mirar la fotografía, que llevaba la firma de un fotógrafo de Niza.

«¡Sobre todo, discreción!». En otras palabras, descubra lo antes posible la verdad para atajar las divagaciones de los periodistas y de la población. Oyó pasos en la gravilla del jardín. Una campana de sonido muy grave, seductor, sonó en el vestíbulo. Maigret fue a abrir y distinguió en la oscuridad dos siluetas femeninas y a un hombre con un quepis.

—Puede irse, yo me encargo de ellas. ¡Pasen, señoras!

Parecía que era él quien recibía una visita. Aún no veía sus facciones. En cambio, percibía con todo su olfato el olor a almizcle.

—Espero que por fin hayan comprendido...—empezó una voz poco ronca.

—¡Por favor!, pasen, pónganse cómodas.

Penetraron en la luz. La madre tenía la tez muy arrugada, cubierta de una gruesa capa de maquillaje. De pie, en medio del salón, miraba a su alrededor como para comprobar que no faltaba nada.

La otra, más desconfiada, observaba a Maigret, se arreglaba los pliegues del vestido y esbozaba una sonrisa que pretendía ser seductora.

—¿Es verdad que lo han enviado expresamente de París?

—Quítense el abrigo, por favor. Siéntense como suelen hacerlo.

Ellas aún no entendían muy bien qué pretendía Maigret. Estaban en su casa como extrañas. Temían que fuera una trampa.

—Vamos a charlar los tres.

—¿Sabe usted algo?

Era la hija la que había hablado, y la madre, tajante, le advirtió:

—¡Cuidado, Gina!

La verdad es que Maigret no acababa de tomarse en serio su papel. La vieja, a pesar del maquillaje, tenía un aspecto horrible. En cuanto a la hija, ataviada con un ceñido vestido de seda oscura que le marcaba las curvas, estaba rellenita y hasta opulenta, y era la encarnación de la falsa mujer fatal.

¡Y aquel olor! ¡El almizcle de refuerzo que venía a saturar de nuevo el aire de la habitación!

¡Parecía que estuvieran en el vestíbulo de un pequeño teatro!

¡Ningún dramatismo! ¡Ningún misterio! ¡La mamá bordando mientras vigilaba a su hija! ¡Y la hija leyendo las aventuras de Rodolfo Valentino!

Maigret, que se había vuelto a sentar en el sillón de Brown, las miraba con ojos inexpresivos preguntándose con una pizca de fastidio: «¿Qué demonios hacía ese animal de Brown viviendo durante diez años con estas dos mujeres?».

¡Diez años! Largos días de sol inmutable, fragancias de mimosa y, debajo de las ventanas, el vaivén de la inmensidad azul. Diez años de tardes quietas, interminables, apenas agitadas por el murmullo de una ola contra las rocas, y las dos mujeres, la madre en el sillón, la hija junto a la lámpara de pie con la pantalla de seda rosa...

Maigret manoseaba maquinalmente la fotografía de aquel Brown que había tenido el atrevimiento de parecersele.